

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

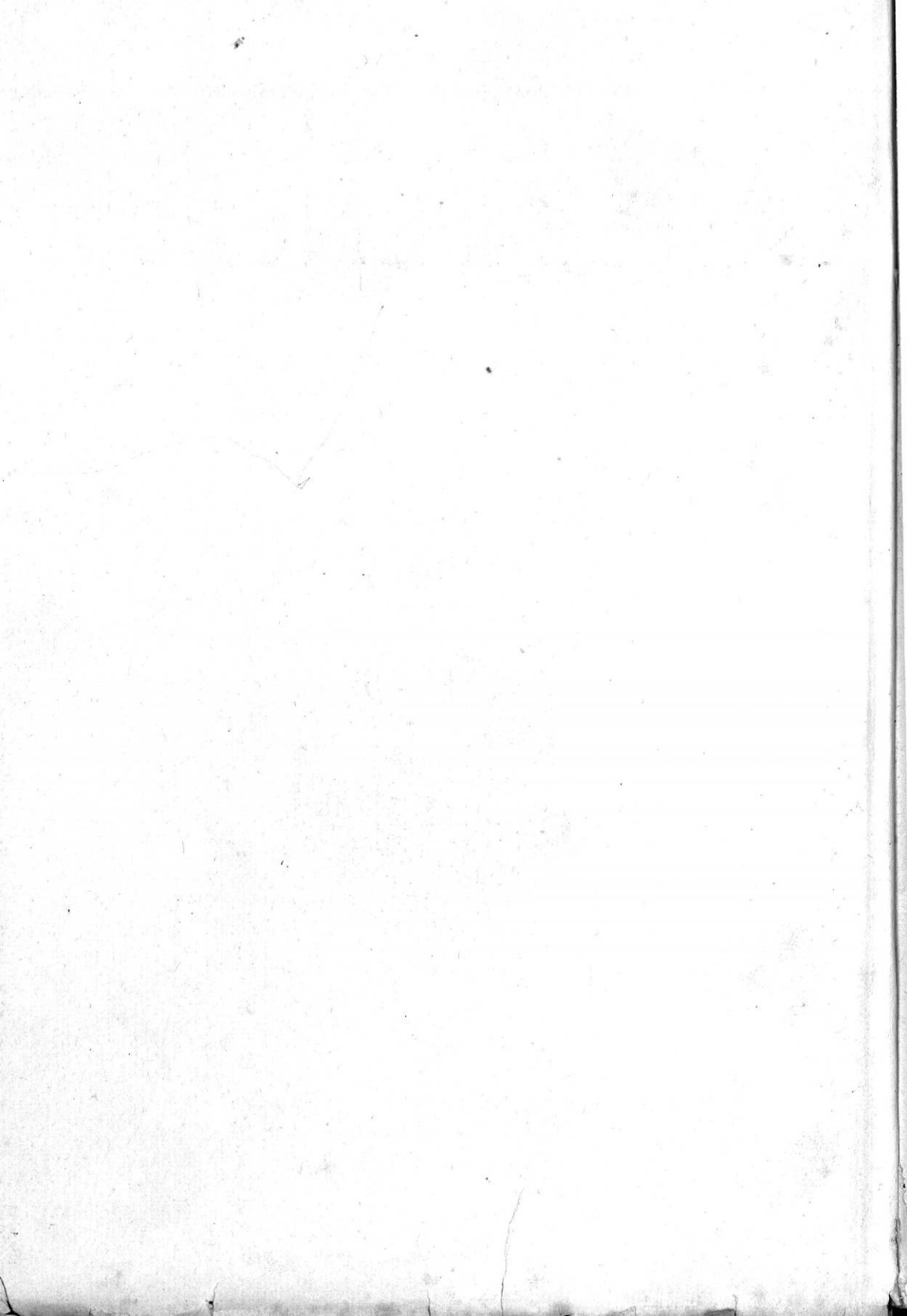
2.ª É P O C A

Año 1946 - N.ºs 18-19



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1946



Tomo VII
N.ºs 18-19-20

SEVILLA
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ÍNDICE DEL TOMO SÉPTIMO

Artículos

	Núms.	Páginas
Cortines Murube, Felipe.— <i>Melchor de Gallegos, teólogo y jurista</i>	20	131
Eguía Ruiz, S. J., Constancio.— <i>Oficios mecánicos y ciencias misionales</i>	18-19	53
Pedregal, Luis J.— <i>La devoción de las Animas en Sevilla</i>	20	191
Petit Caro, Carlos.— <i>Sevilla en la obra de Quevedo (conclusión)</i>	18-19-20	77-163
Romero Martínez, Miguel.— <i>Veinte incunables sevillanos que tratan de historia</i>	1819	9

Miscelánea

Domínguez Ortiz, Antonio.— <i>Salarios y atribuciones de los Asistentes de Sevilla</i>	20	207
García y García, Tomás de A.— <i>Interesante hallazgo documental</i>	18-10	109
Hernández Díaz, José.— <i>Valdés Leal y el arte francés</i>	18-19	97
Hernández Díaz, José.— <i>Una obra de Bocanegra en Sevilla</i>	20	215
Montoto, Santiago.— <i>Una comedia de Tirso que no es de Tirso</i>	18-19	99
San Ginés, Pedro de.— <i>Noticia sobre "belenes portuenses"</i>	20	225
Vázquez, José Andrés.— <i>Don Juan Tenorio en Portugal</i>	20	217

Libros

<i>Sortilegio senegalés</i> .—Antonio de Cértima... ..	18-19	113
<i>Apología "pro adserenda hispanorum eruditio- nes"</i> .—Alfonso García Matamoros.—Edición, estudio, traducción y notas de José López Toro... ..	18-19	115

	Núms.	Páginas
<i>Pajaritas de papel.</i> —José Montoto... ..	18-19	117
<i>Dolor y Honor de España.</i> — Dos poesías de Eduardo Marquina (†) y prólogo y edición de Fernando Bruner Prieto... ..	18-19	119
<i>La Virgen de los Reyes, Patrona de Sevilla y de la Archidiócesis.</i> —José Hernández Díaz...	18-19	120
<i>El sevillano don Juan Curiel, Juez de Impren- tas.</i> —Angel González Palencia... ..	20	231
<i>Sevilla, Ciudad Mariana.</i> —Relación de los trá- mites llevados a cabo para añadir este título a los de Sevilla... ..	20	233
<i>Sevilla en la Historia del Toreo.</i> — Luis Toro <i>Buiza</i>	20	234
<i>Dibujos arquitectónicos del siglo XVIII.</i> —Anto- nio Sancho Corbacho... ..	20	237

Crónica

<i>Mayo, 1944.</i> —J. A. Vázquez.—Cronista Oficial de la Provincia... ..	20	243
--	----	-----

Apéndices

<i>Discurso de los Tellos, de Sevilla.</i> —Ldo. Luis Fernández de Melgarejo. Notas del Marqués del Saltillo. (Conclusión)... ..	18-19	67
--	-------	----

Ilustraciones

Artículo intitulado <i>Veinte incunables sevilla- nos</i> : Un gráfico y siete reproducciones fragmentarias... ..	18-19
¿Don Francisco de Quevedo?... ..	18-19
Retrato de Toribio Velasco... ..	18-19
Autógrafo de Melchor de Gallegos... ..	20
Portada del libro de Melchor de Gallegos <i>De spirituali cognitione tractatus</i>	20

	Núms.	Páginas
Portada del libro de Melchor de Gallegos		
<i>Tractatus de Parochorum</i>	20	
Escudo de Melchor de Gallegos... ..	20	
Portada del libro de Quevedo, <i>Juguetes de la</i> <i>niñez y Travesuras del ingenio</i>	20	
Portada del libro de Quevedo, <i>La Cuna y la</i> <i>Sepultura</i>	20	
Juicio final, por Herrera «el Viejo»... ..	20	
La Virgen, el Niño y Angeles, por Pedro Ata- nasio Bocanegra... ..	20	
Id. id. id. Pormenor... ..	20	
Figuras de Nacimiento del taller de Angel Martínez (Dos fotografados)... ..	20	

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚMERO 081



IMPRESO EN ESPAÑA

EN LA IMPRENTA DE LA ESCUELA PROVINCIAL DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27.—SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1946



Tomo VII
N.ºs 18 - 19

SEVILLA
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1946

SEGUNDA ÉPOCA

Núms. 18-19

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Gabriel Tassara Buiza.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

Miguel Romero Martínez.— <i>Veinte incunables sevillanos que tratan de historia</i>	9
Constancio Eguía Ruiz, S. J.— <i>Oficios mecánicos y ciencias útiles misionales</i>	53
Carlos Petit Caro.— <i>Sevilla en la obra de Quevedo (I)</i>	77

MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>Valdés Leal y el arte francés</i>	97
Santiago Montoto.— <i>Una comedia de Tirso, que no es de Tirso</i>	99
Tomás de Aquino García y García.— <i>Interesante hallazgo documental</i> .	109

Libros	111
--------------	-----

APÉNDICE

Ldo. Luis Fernández de Melgarejo.— <i>Notas del marqués del Saltillo.—Discurso genealogico de la nobilissima y antigua Casa de los Tellos, de Sevilla. (Conclusión)</i>	67
---	----

Se distribuye con este volumen: *Relación de las fiestas que hizo el Colegio Mayor de Santa María, Universidad de Sevilla, en 1647.*—Folleto en 4.º natural, 36 páginas.

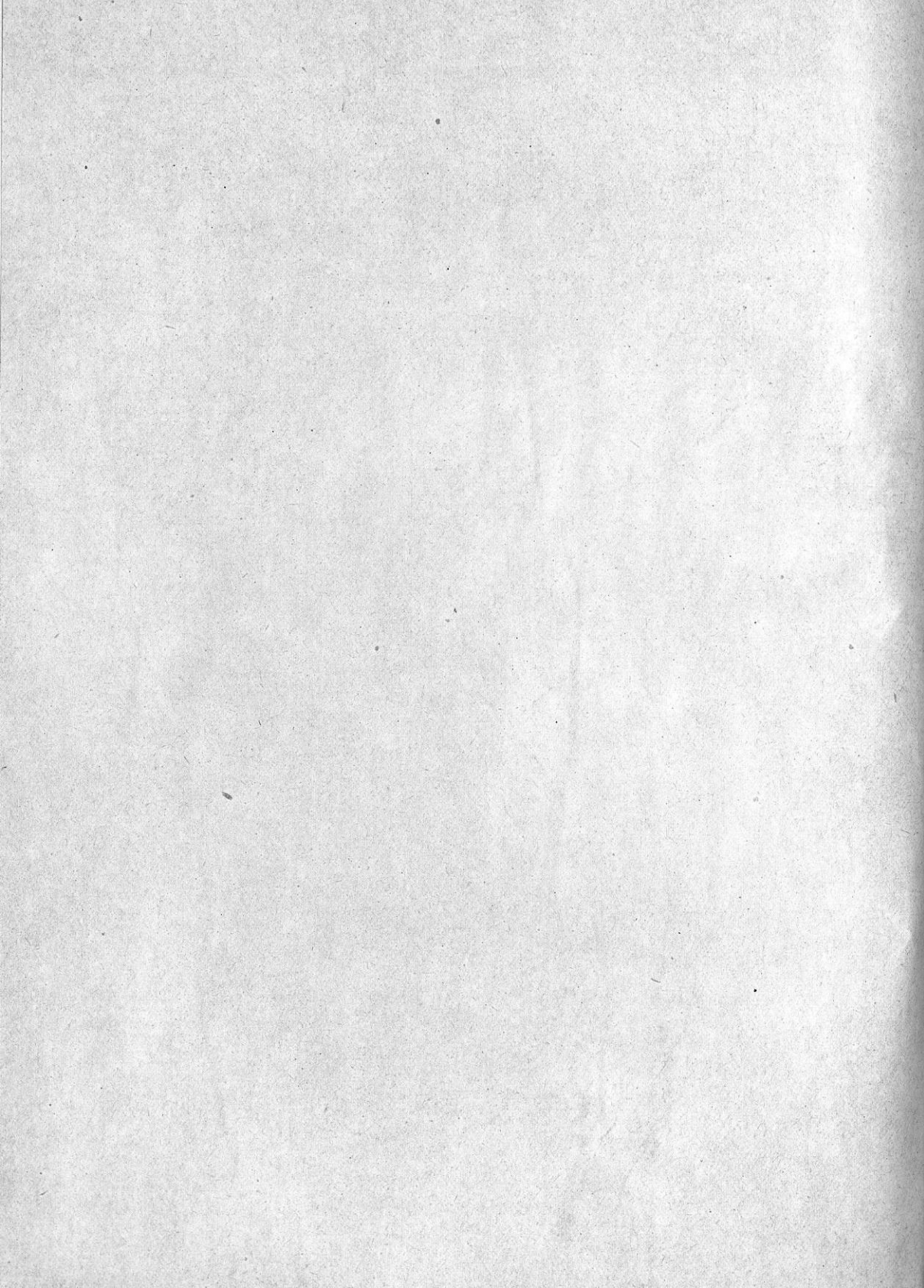
ARTÍCULOS ORIGINALES



¿Don Francisco de Quevedo? ...entendemos que no ha de haber un solo lector que no vea en él sin vacilación alguna la imagen del gran satírico, del filósofo moralista, del profundo escritor y festivo poeta...

José María Asensio : Francisco Pacheco / Sus obras artísticas y literarias.—Sevilla, 1886. Comentarios al libro de *Verdaderos retratos*.

Foto ARCHIVO HISPALENSE.



SEVILLA EN LA OBRA DE QUEVEDO

INTRODUCCION

El cuadro, brillante en colorido, de la Sevilla picaresca en los comienzos del siglo XVII, impresionó vivamente la retina de don Francisco de Quevedo. El genio satírico de nuestro autor, entre bromas y veras, nos reflejó en su variada obra el estado social de la urbe andaluza en aquellos tiempos, pintándonos con singular acierto, y, quizás, con morbosa delectación los bajos fondos de la sociedad hispalense, el sector humano que constituía la Hermandad o Cofradía de la Picaresca. Y si hemos de tener en cuenta la opinión del ilustre polígrafo don Francisco Rodríguez Marín, tal sector abarcaba numéricamente gran parte de la población sevillana. «En Sevilla—escribía Rodríguez Marín en su estudio sobre el «Rinconete»—especialmente, era pícaro o apicarado hasta el aire que se respiraba».

Tal pintura, desgarrada y cruda, con tonos de aguafuerte goyesco, no debe tomarse por única representación de la Sevilla del siglo XVII. Cual nuevo Jano, Sevilla presentaba dos caras: la pícara, paraíso del hampa y mal vivir, y la ciudad recogida, silenciosa y trabajadora, cuna de artistas, templo de Dios, regalo de la humanidad, brillante plaza mercantil, verdadera capital del Occidente europeo, puente de un nuevo mundo y maravilloso, que la Divina Providencia reservó para demostrar el valor y el valer de unos hombres que supieron llevar la Cruz en la espada y en el corazón.

Quevedo se esmeró en recoger los aspectos canallescos de la gran urbe hispalense, y apenas si deja entrever en sus numerosas obras la otra Sevilla, la que es templo y taller. Tal hecho puede muy bien explicarse al considerar la finalidad que persigue toda sátira: fustigar, con la pintura de lo repugnante, los vicios de una época, en que, como en todas, la humanidad no olvidó su origen, el barro. Ya para Covarrubias y Orozco era la sátira «un género de verso picante, el cual reprehende

los vicios y desórdenes de los hombres» (1). Así, pues, dado que nuestro autor casi únicamente se refiere a Sevilla en sus producciones satíricas, en este modesto estudio casi tan sólo se presentará al paciente lector el aspecto germanesco hispalense. Quede salvado, con estas líneas, el limpio nombre de la Ciudad de la Gracia, y quien leyere no olvide que Sevilla fué algo más que la capital del hampa española.

El realismo de Quevedo.

Antes de proseguir con el estudio de Sevilla en la obra de Quevedo, quiere el autor expresar su opinión acerca del discutido realismo de don Francisco, al menos en lo tocante a la pintura de la germanía sevillana.

Recientemente, un ilustre investigador de nuestra historia literaria, el catedrático de la Universidad Central don Angel González Palencia, ha negado el realismo de la novela picaresca (2), y precisamente hablando de Quevedo cita la opinión de don Dámaso Alonso, quien estima, con relación a la «Vida del Buscón», que «la obra de Quevedo es tan antirrealista como la gongoriana, porque es sistemáticamente una deformación de la realidad. Es antirrealista su representación del mundo, lo es su procedimiento estilístico».

La autorizada opinión de los autores citados puede tener una gran parte de razón. Mas me parece aventurado afirmar resuelta, rotunda y totalmente el antirrealismo del gran satírico. Solamente he de ocuparme aquí de las referencias quevedianas a Sevilla, y puedo comenzar afirmando que la mayor parte de tales referencias son históricamente ciertas, y como tales perfectamente comprobables.

Fuentes para el estudio de Quevedo.

Para la redacción de este trabajo se ha seguido la magnífica edición de Sancha, Madrid, 1791-94, 11 tomos, y la de las Obras Completas, publicada por el editor Aguilar y recopiladas por don Luis Astrana Marín, que aporta importantes datos para la biografía de Quevedo, aunque el colector, llevado de su entusiasmo quevediano, se muestra pródigo en adjudicar a don Francisco multitud de poesías inéditas.

Las obras de Quevedo y la imprenta sevillana.

Insensato sería si intentase hacer un elogio de la espléndida pléyade de impresores que han tenido sus prensas en la ciudad, que cuentan con

(1) Covarrubias y Orozco, Sebastián de.—*Tesoro de la Lengua castellana o española*. Madrid, Luis Sánchez, 1611.

(2) González Palencia, Angel.—«Leyendo el *Lazarillo de Tormes*». (Notas para el estudio de la novela picaresca). *Revista Escorial*, tomo XV, Madrid, 1944.

un excelente cronista. Me valgo aquí, para suplir mi incompetencia, de unos párrafos del inolvidable maestro don Joaquín Hazañas y La Rúa, el brillante historiador de la imprenta sevillana, autor digno de la grandeza e importancia del tema historiado.

Nos dice el señor Hazañas: «En la historia bibliográfica y tipográfica no pueden competir con Sevilla ninguna de las poblaciones de nuestra península. Sevilla cuenta entre sus más ilustres hijos el patriarca de la bibliografía española Nicolás Antonio, figura tan grande, que anada la sola consideración del trabajo que su obra representa y que ni en extensión ni en méritos ha sido superada hasta el día. Un impresor de Sevilla, Lanzalao Polono, da comienzo a la serie de los impresores de Alcalá de Henares, y otro, Juan Cromberger, es el introductor de la imprenta en América. Estas tres consideraciones, sin hacer mención de las muchas imprentas de poblaciones andaluzas que reconocen su filiación sevillana, bastan para enaltecer la historia biblio-tipográfica de Sevilla» (3).

Antes de la muerte de Quevedo, ocurrida en Villanueva de los Infantes el 8 de septiembre de 1645, se habían hecho 93 ediciones de obras de don Francisco: desde un pliego de cordel que contiene sus más célebres Jácaras, la «Carta de Escarramán a la Méndez», la «Respuesta de la Méndez a Escarramán» y el «Romance del testamento que hizo Escarramán», impreso en Barcelona por la viuda de Dotil en el año 1613; a la segunda impresión del «Marco Bruto», hecha en Madrid, en 1645, en la oficina de Diego Díaz de la Carrera.

Pequeña es la aportación de Sevilla a la bibliografía quevediana. El impresor Andrés Grande, que tuvo su imprenta en Cal de Genoua, reimpresor en 1632 de las Ordenanzas de Sevilla, que en 1527 había impreso en hermosos caracteres góticos Juan Varela de Salamanca, e impresor de las Antigüedades, de Rodrigo Caro, imprimió en 1634 «Ivgvetes de la niñez y trauesuras de el Ingenio», 8 hojas preliminares y 184 folios en 8.º. Este impresor, y en el mismo año, editó: «La cuna y la sepultura; para el conocimiento propio y desengaño de las cosas ajenas», 144 folios en 16º.

Francisco de Lyra, impresor y mercader de libros de los más célebres en Sevilla durante la primera mitad del siglo XVII, reimprimió en 1641 una de las obras que en 1634 editara Andrés Grande, «Ivgvetes de la niñez y travessuras de el Ingenio», reproducción ésta de la edición hecha en 1635 por el impresor de la Ciudad Condal Lorenzo Deu.

Hasta 1897, en que la Sociedad de Bibliófilos Andaluces imprimió el primer volumen de las obras completas de don Francisco de Quevedo, no he encontrado alguna otra edición hecha en Sevilla. En 1903 y 1907 se imprimieron los volúmenes segundo y tercero de la misma publica-

(3) Hazañas y la Rúa, Joaquín.—«La imprenta en Sevilla». (1475-1800). Sevilla, 1892.

ción, ordenada e ilustrada por don Aureliano Fernández Guerra, con notas y adiciones de don Marcelino Menéndez Pelayo. Los dos primeros volúmenes, impresos por el ya célebre Enrique Rasco, y el tercero, por Francisco de Paula Díaz. Contenía el primer volumen un estudio biográfico y bibliográfico de don Francisco, y el segundo y el tercero, las poesías de Quevedo. Después de 1907, la Sociedad de Bibliófilos Andaluces no publicó más volúmenes de las obras completas de nuestro autor.

ASPECTOS NO PICARESÇOS DE SEVILLA, EN LA OBRA DE QUEVEDO

Quevedo y el Guadalquivir.

Guadalquivir, milenario padre de la Bética, fué cantado por Quevedo el lírico, quien, juntamente con Fray Luis de León, alcanzó las más altas cumbres de nuestra poesía, mereciendo para Lope de Vega el calificativo de «Príncipe de los líricos», como le llama en la Silva VII de su «Laurel de Apolo». Hoy día es perfectamente conocido el Quevedo satírico, y, aun, el Quevedo político, mas es poco estimada por el público la extraordinaria riqueza lírica de nuestro autor. No trato aquí de hacer una apología del Quevedo lírico, pero, por las muestras que ofrezco, pretendo llevar al ánimo del lector parte del aprecio en que tengo a su bellísima obra lírica.

Gran aficionado a los parajes de Sierra Morena, no lejanos de su villa y señorío, donde, en sus retiros forzosos o voluntarios, distraía sus escasos ocios y templaba su organismo con el sano ejercicio de la caza, el señor de la Torre de Juan Abad escribió una hermosa Silva, titulada «El yelmo de Sigura de la Sierra». En esta poesía Quevedo canta las fuentes del Betis, diciendo:

y donde eres al cielo cama dura,
das al Guadalquivir cuna en Sigura.

Más adelante abunda en la misma idea:

Son parto de tus peñas
Mundo y Guadalquivir, famosos ríos;
... ..

Las tres últimas estrofas de esta Silva, constituyen una linda y

poética descripción del Guadalquivir, a quien hace rey y monarca al decirle que «llega a tomar el cetro de los ríos», dándole por corona de su realeza los navíos que subían hasta Sevilla, primer puerto fluvial del mundo en aquellos años, portadores de las más peregrinas, raras y exquisitas mercaderías. He aquí cómo Quevedo describe el río famoso:

Baja recién nacido
Guadalquivir, y llega tan cansado,
que le ve encanecido
en su niñez el prado,
con la espuma que hace y con la nieve,
por duros cerros resbalando leve.
Ceñido en breve orilla
llega a tomar el cetro de los ríos,
y en cercando a Sevilla,
le coronan navíos,
por ser tan noble su primera fuente,
que es de los cielos alto descendiente.
Con pasos perezosos
al mar camina, como va a la muerte,
y en senos procelosos
por tributo se vierte,
donde yace del golfo respetado
por lo que en él Belisa se ha mirado.

No solamente admiró Quevedo al gran río de la Bética, sino que igualmente tuvo en gran aprecio los magníficos caballos que pastaban en las orillas del Guadalquivir. En multitud de poesías alaba la casta y ligereza de los potros andaluces. En su poema heroico-burlesco «De las necedades y locuras de Orlando el enamorado», nos habla de

.....la flor de los caballos
que Betis apacienta en sus orillas,

y describe con galanura y gracia un hermoso ejemplar, terminando la descripción con estos versos:

tan recio sienta el pie, hiere tan fuerte
el campo, que parece que animoso
rebusca en las arenas el castigo,
o que cava el sepulcro al enemigo.

En el romance «Las cañas que jugó Su Majestad cuando vino el

Príncipe de Gales», alaba los caballos andaluces con las siguientes palabras:

Los caballos, ya se sabe:
de los que el céfiro engendra,
donde fué el soplo rufián
adúltero de las yeguas:
Todo el linaje del Betis,
y toda su descendencia,
primogénitos del aire,
mayorazgos de las yerbas.

Y en la comedia «Como ha de ser el privado» los llama

.....cometas animadas,
que al céfiro debieron nacimiento,
al Betis cuna y hospedaje al viento.

Finalmente, se refiere al Guadalquivir en un bello soneto del «Poema a Lisi», del que se tratará seguidamente.

El gran amor sevillano de Quevedo.

El satírico agudo y mordaz, el pensador ingenioso, el político experto, fué una víctima más del travieso Cupido. Como don Luis Astrana Marín resalta con acierto, fué Quevedo hombre de mala fortuna, incluso en sus amores (4). Amó a muchas mujeres, a quienes canta en sus versos, mas su gran pasión fué Lisi, Lisis o Lísida, que de estas tres formas denomina a la amada. Fué éste un grande y puro amor no correspondido, sublimado en alas de poesía desde la baja materia humana. Amor grande, como correspondía a la grandeza de alma del enamorado, enorme en todo, hasta en sus pasiones.

Llamó Lisi, poetizando su nombre, a doña Luisa de la Cerda, de la familia de Medinaceli. Por ella don Francisco suspiró veintidós años, desde 1609 a 1631, fuego pasional que no se apagó hasta después de fallécida la amada.

De doña Luisa pocas noticias nos guardó el poeta, celoso, quizás, hasta del papel en que escribía. A petición del propio Quevedo la retrató en un naípe Juan de la Cruz Pantoja, como nuestro autor nos dice en su Silva «El pincel»:

(4) Puede verse la biografía de Quevedo, obra del señor Astrana Marín, «Vida turbulenta de Quevedo», Madrid, 1945.

Por ti Juan de la Cruz, diestro ha podido
 por engañar mis males ingenioso,
 docto cuanto eminente,
 en el rostro de Lísida hermoso,
 en un naípe nacido,
 criar en sus cabellos
 oro, y estrellas en sus ojos bellos;
 en sus mejillas flores,
 primavera y jardín de los amores;
 y en su boca las perlas,
 huyendo de quien piensa merecerlas.
 Así que, fué su mano
 con trenzas, ojos, dientes y mejillas,
 Indias, cielo y verano,
 escondiendo más altas maravillas,
 u de invidioso dellas
 u de piedad del que llegase a vellas.

Ya en estos versos nos describe Quevedo la rubia belleza de su amada con exquisitas metáforas y tiernas frases de amor. La retrata en el Soneto II del «Poema a Lisi», diciéndonos:

Crespas hebras, sin ley desenlazadas,
 que un tiempo tuvo entre las manos Midas;
 en nieve estrellas negras encendidas,
 y cortesmente en paz de ella guardadas.

Rosas a Abril y Mayo anticipadas,
 de la injuria del tiempo defendidas;
 auroras en la risa amenecidas,
 con avaricia del clavel guardadas.

Vivos planetas del animado cielo,
 por quien a ser monarca Lisi aspira,
 de libertades, que en sus luces ata:

Esfera es racional, que ilustra el suelo,
 en donde reina amor cuanto ella mira,
 y en donde vive amor cuanto ella mata.

Que doña Luisa de la Cerda fuera sevillana, o quizás, como sospecha Astrana Marín, de Villanueva del Río, lo confirma Quevedo en el soneto titulado «Encomienda su llanto a Guadalquivir en su nacimiento, para que le lleve a Lisi donde va muy crecido», VI de los contenidos en el «Poema a Lisi»:

Aquí, en las altas sierras de Segura,
que se mezclan zafir con el del cielo,
en cuna naces líquida de yelo,
y bien con majestad en tanta altura.

Naces, Guadalquivir, de fuente pura,
donde de tus cristales, leve el vuelo
se retuerce corriente por el suelo,
después que se arrojó por peña dura.

Aquí el primer tributo en llanto envío
a tus raudales, porque a Lisi hermosa
mis lágrimas la ofrezcas con que creces.

Más temo, como a verla llegas, río,
que olvide tu corriente poderosa
el aumento que arroyo me agradeces.

El «Poema a Lisi», joya lírica de nuestra poesía, describe todo el curso del constante y firme amor de Quevedo, y del desdén de su amada. Se compone el poema de sesenta y cinco bellísimos sonetos, como puede comprobarse por las muestras que se ofrecen más arriba, un delicado madrigal y cuatro idilios. Pintura pocas veces igualada de una pasión que llega a alturas insospechadas, hasta el extremo de que Quevedo se lamenta de vivir, porque la vida le impide seguir a la amada más allá de la existencia humana.

Basta este poema para consagrar a su autor como uno de los más finos líricos de nuestras letras, y para destruir la leyenda de que Quevedo era hombre de fríos sentimientos, incapaz de amar, que tenía tan sólo en su alma cabida para el odio y la sátira despiadada.

Quevedo y sus amigos en Sevilla.

Muchos y buenos amigos tenía Quevedo en Sevilla, y también encarnizados detractores, entre los que destacan el pintor y poeta Juan de Jáuregui, y el libelista Francisco Morovelli de Puebla, quizás el más acérrimo de sus enemigos.

Conservamos una bellísima carta, fechada en 1626, de Rodrigo Caro a nuestro satírico, en la que relata la asoladora inundación que padeció Sevilla en aquel año; buena prueba de la amistad que unía a ambos ingenios, amistad que vemos confirmada en el hecho de que Quevedo le dedicara, en 1634, su obra «Nombre, origen, y intento, recomendación y decencia de la doctrina estoica», diciendo al sabio investigador de las antigüedades sevillanas las siguientes palabras: «Pues hablar con el docto,

para el que ignora, es acreditarse el que habla, no obligarle, yo, señor, quiero que el libro y todo lo que en él es forzoso, se defienda en la caridad de los amigos. A don Juan de Herrera dí el tratado; a v. m. las cuestiones dél. Más eruditas fueran si de su nota las trasladara que escribiéndolas de la mía; empero en la condición de mi obra no tiene lugar otra demostración de mi buena amistad. Escribiré lo que v. m. sabe mejor, como yo lo sé; por esto me contento con que se tolere mi discurso, sin pretender que se apruebe».

Igualmente conservamos carta firmada por el poeta Juan de Salinas (5), a raíz de enviarle Quevedo copia de su «Memorial por el patronato de Santiago», en ocasión de las enconadas polémicas a que dió lugar la debatida cuestión del patronato del Reino.

Con Rodrigo Fernández de Rivera y Juan de Robles también le ligaron cordiales relaciones. Obra de Quevedo es la aprobación de la curiosa novela del primero de ellos «El Mesón del mundo», como asimismo la Censura de la conocida obra de Robles «El Culto sevillano», Censura llena de elogios y alabanzas para su autor.

Poseemos testimonios que demuestran la amistad de Quevedo con don Martín Anaya Maldonado, Canónigo del Convento de Santiago, en Sevilla; con Antonio Moreno Vilches (6); Simón Rodríguez Ramos (7), médico afamado, autor, bajo el seudónimo de Moram Sminos, de una docta «Oratio pro nobili Francisco de Quevedo»; con Antonio Ortiz Melgarejo, el autor de «La casa de los locos de amor», en tiempos atribuida a nuestro satírico; con el Padre Juan de Pineda, S. J., quien censuró la «Política de Dios», siendo contestado muy doctamente por Quevedo, contestación en la que expresa su amor y reconocimiento hacia la Compañía de Jesús, téngase presente que Quevedo se educó en el Estudio que la Compañía poseía en la Villa y Corte, después llamado Colegio Imperial; con el matritense don Manuel Sarmiento de Mendoza, Canónigo Magistral de la Catedral Hispalense, a quien nuestro autor prologó diversas obras; con el Obispo de Bona don Juan de la Sal, ilustre sevillano, a quien Quevedo dedicó sus romances «Las dos aves y los dos animales fabulosos», enviándoselos con una expresiva carta fechada en 17 de junio

(5) Juan de Salinas y Castro, natural de Sevilla, nacido en 1559. Fué hombre virtuoso y de gran cultura. Exquisito poeta, sus poesías se incluyeron en el *Romancero General* y en el de Durán. La más completa edición de sus obras la publicó en 1869 la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, dos volúmenes en 8.ª, bajo el título de «Poesías del doctor Juan de Salinas, natural de la ciudad de Sevilla».

(6) Fué célebre geógrafo, cosmógrafo mayor y catedrático de Matemáticas de la Casa de Contratación. Fué autor de un tratado «De Perspectiva» y de un curioso estudio titulado «Parecer sobre la navegación a Filipinas, dado en Sevilla a 30 de julio de 1619», que se conserva manuscrito de letra del autor en la Biblioteca Nacional, juntamente con otro estudio suyo de navegación a Indias.

(7) Simón Rodríguez Ramos, nacido en Sevilla en el último tercio del siglo XVI, Bachiller de Medicina en Salamanca y Licenciado en Sevilla en 1601, fué médico docto, sostuvo controversias con Gaspar Caldera de Heredia, controversias que le impulsaron a publicar su «*Invectiva Apologética Micelánea*», a más de numerosas obras de su especialidad.

de 1634. La dedicatoria en verso de estos romances es una bella muestra del conceptismo en la poesía; dice:

A vos, y ¿a quién sino a vos
 irán mis coplas derechas,
 por estimación, si cultas,
 si vulgares, por enmienda?
 Esas aves os envío,
 presente que no os ofenda
 la limpieza de ministro
 o templanza de la mesa.
 Ociosa volatería,
 perezosa diligencia,
 aves que la lengua dice,
 pero que nunca las prueba.
 Bien sé que desmiento a muchos,
 que muy crédulos las cuentan,
 mas si ellos citan a Plinio,
 yo citaré a las despensas.
 Si las afirman los libros,
 las contradicen las muelas;
 a vos remito la causa
 y consiento la sentencia.
 Si les faltare la gracia,
 a vuestra *sal* se encomiendan;
 que por Obispo y por docto
 sabéis ser *sal* de la tierra.

De entre todas las amistades sevillanas del genial satírico destaca, por cálida e imperturbable, la que le unió con el célebre pintor Francisco Pacheco, el maestro y suegro del inmortal Velázquez. Ya en el prólogo que Quevedo puso a la edición de las obras del Bachiller Francisco de la Torre, alaba a Pacheco, cuando habla de la impresión que dirigió el pintor de las obras del «divino» Herrera, llamándole «Pintor docto y estudioso y de gran virtud».

La amistad que se profesaron ambos artistas no se enturbió, pese a haber militado en distinto bando, cuando en 1627 adquirió mayores vuelos la polémica, existente desde diez años atrás, acerca del patronato de España entre los partidarios de Santiago y de Santa Teresa de Jesús. Fué Quevedo de los más esforzados paladines del santiaguismo; su amigo Pacheco, teresista, en aquella ocasión escribió unos ponderados «Reparos» (8) contra el «Memorial por el patronato de Santiago», que publi-

(8) Publicados por el señor Astrana Marín en su edición de las obras completas de don Francisco de Quevedo.

cara don Francisco, haciendo honor a la venera que lucía sobre su pecho.

Cuando en 1624 el Rey D. Felipe IV y su corte se trasladaron a Andalucía para inspeccionar las plazas fuertes de su litoral, temiendo un ataque del inglés, Quevedo formó parte de la regia comitiva. Entre las ciudades visitadas estuvo, como no podía faltar, Sevilla, donde el Cabildo y Regimiento de la misma agasajó espléndidamente al Monarca y su numeroso acompañamiento (9). En el Epistolario de Quevedo se conserva una curiosísima carta dirigida al marqués de Velada, en la que se narra, con la gracia característica del señor De la Torre de Juan Abad, las incidencias del viaje.

Esta sería, posiblemente, la oportunidad aprovechada por Pacheco para pintar el retrato que de nuestro autor nos conservó en su famoso «Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones», que sirve de ilustración a este trabajo.

Quevedo dedicó a Pacheco unas estrofas de su Silva «El Pincel», elogio del arte pictórico y de sus principales cultivadores en la España del siglo XVII. Transcribo seguidamente las estrofas citadas, muestra fehaciente de la admiración y del aprecio que sentía el satírico por el pintor:

Por tí, honor de Sevilla,
el docto, el erudito, el virtuoso
Pacheco, con el lápiz ingenioso
guarda aquellos borrones,
que honraron las naciones
sin que la semejanza
a los colores deba su alabanza;
que del carbón y plomo parecida
reciben semejanza y alma y vida:
segundo padre de escritores claros,
pues sus dibujos raros
les dan segundo ser tan verdadero,
que no teme la muerte del primero.

Fué Quevedo también gran admirador y amigo de Velázquez, honra de la pintura española y de Sevilla, su ciudad natal, a quien nuestro autor dedicó sentidísimas frases, en la Silva que cito. Dice de Velázquez:

Y por ti el gran Velázquez ha podido,
diestro cuanto ingenioso,
ansí animar lo hermoso,

(9) Relación de esta regia visita a Sevilla, puede verse en los «Anales», de Ortiz de Zúñiga, al tratar del año 1624.

así dar a lo mórbido sentido
 con las manchas distantes;
 que son verdad en él, no semejantes,
 si los afectos pinta,
 y de la tabla leve
 huye bulto la tinta, desmentido
 de la mano el relieve.
 Y si en copia aparente
 retrata algún semblante, y ya viviente
 no le puede dejar, lo colorido
 hace que tanto quede parecido,
 que se niega pintado, y al reflejo
 se atribuye que imita en el espejo.

Nota final.

Quiero terminar este apartado con un breve fragmento de Quevedo que hace relación a un legendario rincón sevillano, íntimamente ligado a la figura del Rey D. Pedro I de Castilla, el Candilejo. Se contiene en el romance «Jocosa defensa de Nerón y el Rey D. Pedro de Castilla». Dice, refiriéndose al, tan traído y llevado, Rey justiciero:

Quieta y próspera Sevilla
 pudo alabar su gobierno,
 y su justicia las piedras
 que están en el Candilejo.

II

LA SEVILLA HAMPESCA, EN LA PROSA DE QUEVEDO

*Tomé mi caminõ para Sevilla,
 donde, como en tierra más
 ancha, quise probar fortuna.*
 Quevedo.—Vida del Buscón.

La aventura final del buscón Don Pablos tiene por escenario la metrópoli de Andalucía. «La mejor tierra de todo el mundo (10). Tierra,

(10) Mateo Alemán.—Guzmán de Alfarache.—Parte II.—Libro III. Capítulo V.

en aquellos años, verdaderamente ancha para la aventura, paraíso de pícaros y aventureros, por ser «lugar tan confuso—como decía Don Cleofás—que no nos hallarán, si queremos, todos cuantos hurones tienen Lucifer y Belcebú» (11), y al propio tiempo «llena de mil excelencias, tesorería y repartidora de la inmensa riqueza que envía el Mar Océano» (12), y, precisamente por tales excelencias, rico bocado para la rapacidad del hampa española del siglo XVII, que la proclamó capital de su reino, bautizándola con significativos nombres, que recogieron los más ilustres ingenios de nuestras letras, tales como: Cairo Español, Chipre de los Valientes, Maremagnum, Babilonia, etc. (13).

Una cátedra de picardía.

Ya en Sevilla, Don Pablos se aloja en el célebre Mesón del Moro (14), collación de Santa Cruz, a la entrada de la Judería, y allí encuentra a su antiguo amigo Mata, discípulo de la Universidad de Alcalá de Henares, quien en las tierras béticas, proverbial sede de las exageraciones, ha trocado su apellido en Matorral, «por parecerle nombre de poco ruido» su originario Mata. Era el tal, tratante en vidas y mercader de cuchilladas, noble y principal oficio, que años atrás había ocupado a personas de respeto, como Maniferro, Repolido y Chiquiznaque (15), a más de mil diestros espadachines prestos a poner su acero al servicio del mejor postor.

Persona tan honrada en profesión, vida y hábitos, leía cátedra de costumbres germanescas en los bodegones del Corral de los Olmos, en los ventorrillos de los arrabales, cuando no en la mismísima Universidad de la Picaresca y Colegio Mayor del Hampa, la Cárcel Real hispalense (16), digno maestro del tacaño Pablos, quien, como buen discípulo, andaba deseoso de recibir con toda solemnidad el grado de Doctor en malas artes.

Tras el primer saludo entre discípulo y maestro, y con ánimo de no perder tiempo, se dirigen a las aulas: esta vez un mesón. Y allí comienza la primera lección. Dice el maestro: «¡Ea!, quite la capa vucé, y parezca hombre; que verá esta noche todos los buenos hijos de Jevilla; y porque no le tengan por maricón, ahaje ese cuello y agobie de espaldas; la capa caída, que siempre andamos nosotros de capa caída, y ese hocico de tor-

(11) Luis Vélez de Guevara.—El Diablo Cojuelo.—Tronco VII.

(12) Vicente Espinel.—El Escudero Marcos de Obregón.—Relación III. Descanso II.

(13) Don Francisco Rodríguez Marín, en la pág. 69 de su estudio sobre «Rinconete y Cortadillo», nos ofrece un buen número de citas de autores de la Edad de Oro, donde se nombra a Sevilla por muchos de estos apelativos.

(14) Acerca del Mesón del Moro pueden verse las noticias que nos ofrece don Francisco Collantes de Terán en las páginas 297 y siguientes del tomo II de la Revista «Archivo Hispalense», Sevilla, 1886.

(15) Recuérdense las hazañas que de estos bravos nos narra Cervantes en su precioso cuadro de costumbres «Rinconete y Cortadillo».

(16) Acerca de la Cárcel Real puede verse el estudio que he publicado en los números 11 y 12 de la Revista «Archivo Hispalense».

nillo; gestos a un lado y a otro; y haga vucé, cuando hablare, de la j, h, y de la h, j; y diga conmigo: jerida, mojino, jumo, pahería, mohar, habalí y harro de vino».

Tras la promesa de presentar al nuevo discípulo a toda la cofradía germanesca de pícaros, rufianes y birladores, el maestro se extiende, en su primera lección, en la enseñanza del porte y compostura que debe observar todo jácaro examinado, y comienza a aleccionar al discípulo en el arte de la Gramática, cuyas reglas asombrarían a Elio Antonio, iniciándole en las modalidades de la pronunciación, para seguir después con toda la rica y expresiva variedad del lenguaje hampesco, tal como nos lo ha conservado Juan Hidalgo en su «Vocabulario de Germanía» (17). Juntamente con la lección recibe el discípulo su cartapacio, «una daga, que en lo ancho era alfange, y en lo largo de comedimiento suyo no se llamaba espada, que bien podía».

Terminada la lección, entran a saludar al nuevo compañero cuatro pícaros, admirablemente dibujados por Quevedo, «con cuatro zapatos de gotosos por caras, andando a lo columpio, no cubiertos con las capas, sino fajados por los lomos; los sombreros empinados sobre la frente, altas las faldillas de delante, que parecían diademas; un par de herrieras enteras por guarniciones de dagas y espadas; las conteras, en conversación con el calcañar derecho; los ojos derribados, la vista fuerte, bigotes buídos a lo cuerno, y barbas turcas, como caballos».

Todos reunidos celebran la llegada de Don Pablos con un fraternal ágape, abundante en viandas y mostos. Quevedo nos relata una pintoresca forma de beber, costumbre sin duda extendida entre los germanes, y que merece recordarse: «Estaba una artesa en el suelo llena de vino, y allí se echaba de bruces el que quería hacer la razón». Con los vapores de los líquidos trasegados, las lenguas se desatan, ofreciéndonos fieles ejemplos de bravuconería de estos pícaros: «Empezaron pláticas de guerra; menudeábanse los juramentos; murieron de brindis a brindis veinte ó treinta sin confusión. Recetánronsele al Asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado y Gayón (18); derramóse vino en cantidad al ánima de Escamilla (19). Los que la cogieron triste lloraron tiernamente al malogrado Alonso Alvarez» (20).

Satisfecha el hambre y la sed, y animado el espíritu con exceso por las repetidas libaciones, Matorral dispuso la búsqueda, caza y captura

(17) Sobre quien sea el verdadero autor de los «Romances de Germanía», y del vocabulario anejo, véase el estudio de Rodríguez Marín acerca de «Rinconete y Cortadillo», páginas 207 y siguientes, donde atribuye la paternidad de tal obra al procurador Cristóbal de Chaves, el autor de la «Relación de la Cárcel de Sevilla».

(18) Sobre estos pícaros se hablará más adelante, al comentar las Jácaras de Quevedo.

(19) Acerca de Escamilla, el célebre Pero Vázquez de Escamilla «El Bravo», véase más adelante, como en la nota anterior.

(20) Alonso Alvarez de Soria, el Tuerto, ha tenido un formidable biógrafo en don Francisco Rodríguez Marín, quien en su obra «El Loaysa de El Celoso Extremeño», nos narra la vida de este pícaro poeta.

del corchete que siguió al Tuerto, Alonso Alvarez de Soria, juramentándose los rufianes en darle muerte, las dagas desnudas, sellando su juramento con nuevos y abundantes tragos de vino.

Una montería de Corchetes.

«Con esto salimos de caza a montería de corchetes. Yo, como iba entregado al vino y había renunciado en su poder mis sentidos, no advertí al riesgo que me ponía. Llegamos a la calle de la Mar, donde encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando sacando las espadas la embistieron. Yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malditas ánimas al primer encuentro».

«El alguacil puso la justicia en sus pies, y apeló por la calle arriba dando voces. No lo pudimos seguir por haber cargado delantero; y al fin nos acogimos a la Iglesia Mayor, donde nos amparamos del rigor de la justicia, y dormimos lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascos. Y vueltos ya en nuestros acuerdos, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes, y huído el alguacil de un racimo de uvas, que entonces lo éramos nosotros».

Estos párrafos no creo que precisen comentario alguno. Es tan vida y real la descripción que tiene el sabor de un documento histórico. Rodríguez Marín (21), comentando este capítulo final del «Buscón», nos dice: «.....que, por la viveza de la pintura y por la abundancia y propiedad de los pormenores, denota estar copiada (la escena) del natural.....»

La vida de los acogidos a sagrado.

La inmunidad de que gozaban los lugares eclesiásticos, templos y cementerios, y el asilo que se ofrecía en tales lugares al perseguido por la justicia humana, es una institución que se remonta a los tiempos más antiguos. El pueblo hebreo la practicaba, según se nos conserva en diversos libros del Antiguo Testamento. Grecia y Roma recogieron el derecho de asilo en sus legislaciones. Y en nuestra Patria, constriñéndonos a la época medieval, es en el Fuero Real donde por primera vez se regula; pero en las Partidas (22), ordenadas por el Rey Sabio, adquiere un más perfecto desarrollo y una más completa exposición. Esta regulación, a través de las diversas Recopilaciones de la Edad Moderna, ha llegado hasta tiempos cercanos a la nuestra.

En Sevilla tenía un especial aliciente para el acogido nuestra Iglesia Mayor, cuyo Patio o Corral de los Naranjos era puerto seguro de

(21) Rodríguez Marín, Francisco. «El Loaysa de El Celoso Extremeño». Pág. 204.

(22) Partida I. Título XI, Leyes 1, 2, 3, 4, y 5.

salvación para el pícaro, el hampón y el delincuente perseguido. Tal predilección me la explico por diversas razones, principalmente: la proximidad del Corral de los Olmos (23) «do esta la jacarandina» (24), centro de reunión de la braveza, «do se junta la braveza» (25); las muchas facilidades que reunía para que los retraídos recibieran las visitas de las «izas» y «marcas» de la no lejana Mancebía (26); la multitud de vendedores ambulantes que ponían sus puestos y tenderetes en las cercanías de la Iglesia Mayor; la infinidad de mercaderes y personas acaudaladas que cerraban sus tratos paseando con parsimonia por Gradas, fáciles presas para la agilidad de manos de los «birlos», que el olor y sabor de tales riquezas atraía a estos lugares, como la miel a las moscas, máxime teniendo ocasión para refugiarse en lugar seguro a la primera señal de peligro; y finalmente al ser lugar tan público y concurrido, tan amplio y cómodo, que en él se sentían a sus anchas los muchos acogidos como constantemente lo poblaban.

De las muchas referencias que en novelas y romances se hacen al Patio de los Naranjos, como centro de reunión de pícaros refugiados para escapar del rigor de la justicia, destacan las que nos ofrece el pintoresco y legendario Diego Duque de Estrada en su auto-biografía novelesca «Comentarios al Desengaño» (27): «...Corral de los Naranjos, que es en la Iglesia Mayor. Allí concurren mujeres de la vida penosa a gastar lo que con tan penosa vida ganan; allí se descartan hombres de palabras, se amenaza de muerte, se dan pólizas de vida al quitar, se cuentan hazañas nunca oídas ni aún hechas; se mata en creencia y se

(23) Constituía este Corral, con el de los Naranjos, los dos patios de la Catedral Hispalense. Hace muchos años que ha desaparecido. Se encontraba entre la puerta llamada vulgarmente de los Palos, la Giralda y el Palacio Arzobispal. Lo constituían diversos edificios, en uno de los cuales celebraban sus cabildos en la parte alta el Ayuntamiento, y en el piso bajo los canónigos, según la referencia de Rodrigo Caro en sus «Antigüedades», folios 61 y 62. El Regimiento de Sevilla celebró sus reuniones en este lugar, llamado el Cabildo viejo, hasta 1533, que estando bastante adelantadas las obras de las Casas Capitulares en la Plaza de San Francisco, a ellas se trasladó. Termináronse las obras del Ayuntamiento en 1564. Desalojado el Corral de los Olmos, sus edificios se arrendaron para bodegones, y en ellos se juntaba toda la cofradía germanesca. Véanse las referencias de Rodríguez Marín en «El Loaysa de El Celoso Extremeño» y en su estudio sobre «Rinconete y Cortadillo». También pueden verse las notas de don Joaquín Hazañas y la Rúa, en su obra «Los Rufianes de Cervantes».

(24) Cervantes, Miguel de.—«El Rufián Dichoso». Jornada 1.^a

(25) «Romance del Testamento de Maladros», en «Romances de Germanía».

(26) La Mancebía de Sevilla estuvo establecida en las proximidades de la muralla que cercaba a la Ciudad, teniendo un postigo al Arenal, donde hoy se levanta el barrio llamado El Baratillo, y de la otra parte lindaba con las casas de la ciudad, siendo su única entrada, llamada «El Golpe», un arquillo que se bautizó con el nombre de Atocha, por una imagen de la Virgen de este nombre. Era un lugar bajo, donde se estancaban las aguas de lluvia; de ahí le provino el nombre de Laguna, que después llevó la calle construida en su recinto. El interior de la Mancebía se denominó el Compás, y aun corre en lenguas del pueblo uno de los apelativos porque se conocía este antro: «Compás de la Laguna». La historia de la Mancebía sevillana merece una especial monografía. El curioso puede ver interesantes noticias en el folleto de don José María Asensio y Toledo, «El Compás de Sevilla» (1870), en «El Loaysa de El Celoso Extremeño» y en el «Rinconete», de Rodríguez Marín, y en la obra citada de don Joaquín Hazañas, «Los Rufianes de Cervantes», por no citar otros muchos autores que hacen referencia a este lugar, pero que sus obras resultan menos al alcance del lector, por ser ejemplares raros.

(27) Publicada en el tomo XII del Memorial Histórico Español. Páginas 36 y siguientes.

dá vida en fiado; finalmente, aquí tiene el demonio fragua y ministros y una posición dentro de sagrado.....»

En este lugar es donde Don Pablos, Matorral y sus amigos se acogieron después de la montería de Corchetes. Es admirable, por lo exacta, la pintura que nos dejó Quevedo de la vida de los acogidos a sagrado, en los párrafos finales de su «Vida del Buscón»: «Pasábamolo en la Iglesia notablemente, porque al olor de los retraídos vinieron ninfas, desnudándose para vestirnos. Aficiónoseme la Grajal; vistióme de nuevo de sus colores. Súpome bien, y mejor que todas esta vida; y así, propuse de navegar en ansias con la Grajal hasta morir. Estudié la jacarandina, y en pocos días era rabí de los otros rufianes» (28).

«La justicia no se descuidaba de buscarnos; rondábanos la puerta; pero, con todo, de media noche abajo rondábamos disfrazados».

Así era la vida que los retraídos observaban en los lugares que gozaban de inmunidad. Burdeles parecían, más que recintos sagrados. A tal extremo llegaron los abusos, que el Cardenal don Rodrigo de Castro, Arzobispo de Sevilla, preceptuó en el Sínodo Diocesano de 1586: «Somos informados que muchas personas que cometen delitos, porque temen ser punidos por la justicia seglar, se acogen a las iglesias y queriendo gozar de su inmunidad, están en ellas tan deshonestamente, que nuestro Señor es muy deservido, y sus templos profanados, y las personas eclesiásticas reciben turbación en los oficios divinos. Por ende, deseando obviar los dichos inconvenientes (Santo Concilio aprobante) estatuyamos y ordenamos que de aquí adelante los que se acogieren a las iglesias estén en ellas honesta y recogidamente; y no jueguen juego alguno; ni tengan conversación con sus mujeres ni con otras dentro de la iglesia; ni se pongan a la puerta de las iglesias, ni en los cementerios a burlar, ni tañer vihuelas, ni vsar de otras conversaciones ociosas; pero que estén recogidamente, y como personas que han errado, y con toda humildad y honestidad. Otrosí mandamos, que si algunos de los dichos Retraydos saliera de la Iglesia a hazer algunos desconciertos, o a injuriar sus enemigos, o cometiere delicto alguno en la Iglesia, o saliere della en cualquier manera, por el mismo caso sea echado luego de la tal iglesia...» (29).

Poco tiempo debió observarse con rigor este acuerdo del reformador Cardenal Castro, pues consta en testimonios del siglo XVII (como son: las palabras de Quevedo, quien copió de la realidad; las de Duque de

(28) Compárese este pasaje con el siguiente, original de don Gonzalo de Céspedes y Meneses, quien en su obra «Fortuna Varía del soldado Píndaro», escribió: Desplegamos las hojas y aun las manos con tan buena fortuna, que en dos días, sin tres pelos de barba se nos daba lugar en el Corral de los Naranjos, digo, entre los oficiales de la Muerte, Ministros del Dios Marte. Era entonces archimandrita de este grande colegio Afanador el Bravo, natural de Utrera, presidente el famoso Pero Vázquez de Escamilla, y senadores Alonso de la Mata, Félix, Miguel de Silva, Palomares y Gonzalo Geniz; mas no así de rondón nos admitieron en este cofradía.

(29) «Constituciones del Arzobispo de Sevilla, Copiladas, Hechas y ordenadas por el ilustrísimo y reverendísimo señor don Rodrigo de Castro...» Sevilla, Juan de León. 1591.

Estrada, antes transcritas y que se refieren al año 1608; a más de las muchas referencias que se conservan en diversas memorias y relaciones de sucesos), que los abusos no se habían desterrado, pese al Arzobispo, al Sínodo y a todo el Cabildo Eclesiástico.

(Continuará).